



TALLER DE SUBJETIVIDAD DEL MAESTRO

EMOCIONES UNIVERSALES Y CULTURALES EN LOS NIÑOS

EMOCIONES UNIVERSALES Y CULTURALES EN LOS NIÑOS

¿Cómo los niños y las niñas del mundo experimentan emociones similares, pero las expresan de formas muy distintas?

Este interrogante invita a detenerse un momento y observar con atención algo que, por ser tan cotidiano, a veces se da por sentado: un gesto de alegría, una lágrima de tristeza o una mirada de enojo en la infancia. Son manifestaciones que aparecen espontáneamente en el día a día con los niños y las niñas, pero que encierran una complejidad mucho mayor de lo que a simple vista puede percibirse.



Aunque pueda parecer que se trata de emociones simples y universales, lo cierto es que estas expresiones están cargadas de significados profundos que atraviesan la historia, la cultura y las relaciones sociales de cada niño o niña. Un gesto no es solo un movimiento del rostro; es una forma de comunicación, una señal que necesita ser leída dentro del contexto en el que ocurre. Una lágrima no es simplemente agua salada cayendo por una mejilla; es la manifestación de una emoción que busca comprensión, consuelo o validación. Y una expresión de enojo no es solo molestia pasajera; es también una reacción a un límite, a una frustración o a una necesidad no atendida.

Comprender cómo se sienten y se expresan los niños y las niñas no puede reducirse a un esquema técnico o una receta pedagógica. No se trata únicamente de aplicar estrategias para regular conductas, sino de abrir el corazón y la mente para leer el mundo emocional desde una perspectiva de empatía profunda. Significa colocarse en el lugar del otro, intentar comprender desde dónde nace esa emoción, qué historia le da sentido, qué experiencia la sostiene. Esto es especialmente importante en el campo de la educación infantil, donde cada mirada adulta tiene el poder de acompañar, contener o, por el contrario, invalidar una emoción.

Por ello, acompañar emocionalmente a la infancia es un ejercicio ético de respeto y reconocimiento de la diversidad. Cada niño y cada niña provienen de un contexto familiar y cultural distinto, con formas particulares de expresar lo que sienten. Ignorar esta diversidad emocional no solo limita la posibilidad de educar integralmente, sino que puede generar rupturas afectivas y barreras en la construcción de vínculos genuinos. En cambio, cuando se valida la emoción del otro, cuando se reconoce su derecho a sentir y a mostrar lo que siente, se está educando desde el amor, la inclusión y la equidad (López, 2014).

Entonces, ¿cómo mirar con nuevos ojos ese gesto cotidiano? ¿Cómo leer en una emoción infantil un mapa que guía hacia su mundo interior? La invitación es a convertirse en observadores sensibles, en docentes que no se conforman con interpretar la superficie, sino que se sumergen con respeto en las aguas profundas de la emocionalidad humana.

Porque en cada expresión de un niño o una niña hay una oportunidad de encuentro, una puerta abierta al diálogo, y una posibilidad de construir una educación más humana, más consciente y más transformadora.

Desde la psicología, se ha identificado que existen ciertas emociones que son consideradas universales, es decir, presentes en todos los seres humanos sin importar su cultura, lengua o lugar de nacimiento. Estas emociones básicas incluyen la alegría, tristeza, miedo, asco, ira y sorpresa, y han sido objeto de estudio por diversas corrientes teóricas que buscan comprender su origen, función y manifestación.

Uno de los investigadores más influyentes en este campo ha sido Paul Ekman, quien, a través de sus estudios transculturales, demostró que estas emociones poseen expresiones faciales reconocibles universalmente. En sus investigaciones, Ekman observó que incluso personas de culturas remotas, sin contacto con los medios de comunicación, podían identificar correctamente estas emociones en rostros humanos, lo que sugiere un carácter biológico en su expresión (Ekman, 1992).



Estas emociones universales están profundamente conectadas con respuestas fisiológicas y psicológicas fundamentales, que cumplen funciones esenciales para la supervivencia y el bienestar del ser humano. Por ejemplo, el miedo permite responder ante situaciones de peligro, activando mecanismos de defensa; la ira moviliza energía para afrontar una amenaza o injusticia; la tristeza favorece el retiro y la introspección ante una pérdida; la alegría potencia los vínculos sociales; el asco protege de sustancias nocivas; y la sorpresa permite captar rápidamente lo inesperado en el entorno (Izard, 2007).

Desde una perspectiva del desarrollo infantil, se ha observado que estas emociones emergen desde los primeros meses de vida. Los bebés, incluso antes de adquirir el lenguaje, se comunican con el mundo que los rodea a través de sus expresiones emocionales. Estas señales no solo les permiten interactuar con los cuidadores, sino que también constituyen una herramienta vital para iniciar vínculos afectivos y regular sus propias experiencias internas (Campos, Mumme, Kermoian & Campos, 1994).

Lo relevante aquí es entender que, aunque estas emociones básicas se comparten a nivel biológico, la manera de interpretarlas, vivirlas y expresarlas está profundamente influida por la cultura. Cada sociedad enseña, de forma implícita o explícita, cómo se deben expresar ciertas emociones, cuáles se valoran y cuáles se reprimen. Por ejemplo, en algunos contextos se promueve la expresión abierta del afecto, mientras que en otros se valora más la contención emocional como señal de respeto o madurez.

Esto implica que un niño o niña en Colombia puede expresar la tristeza mediante el llanto y la búsqueda de contacto físico, mientras que en otro país esa misma emoción puede manifestarse con silencio o aislamiento, sin lágrimas visibles. La emoción sigue siendo la misma, pero el modo de expresarla cambia radicalmente, según las normas emocionales que se aprenden desde la infancia.

Comprender este fenómeno es clave para quienes se están formando como docentes infantiles. Educar emocionalmente no consiste únicamente en enseñar a identificar emociones básicas, sino en reconocer que la emoción está tejida con significados culturales, y que cada niño o niña se construye emocionalmente en diálogo con su contexto (Bisquerra, 2014).

Por ello, es necesario abrir espacios en las aulas donde se permita sentir, expresar y compartir las emociones de maneras auténticas, sin imponer un único modelo de validez emocional. La educación emocional debe ser también una educación para la

diversidad, en la que se reconozca que cada gesto emocional lleva la huella de una historia, de una familia, de una comunidad.

A partir de esta reflexión, conviene preguntarnos:

- ✓ ¿Qué emociones se valoran en el entorno educativo que se habita?
- ✓ ¿Qué emociones, quizás sin quererlo, se invalidan o se silencian?
- ✓ ¿Qué estrategias podrían promoverse para acompañar las emociones desde una mirada más inclusiva, crítica y culturalmente consciente?

Estas preguntas no solo amplían la comprensión del fenómeno emocional, sino que fortalecen una mirada pedagógica más sensible y transformadora. Porque educar las emociones también es educar para la paz, la convivencia y el respeto por el otro en su singularidad.